

desarmados arrancaban sus fusiles á los imperiales y derribaban á éstos por el suelo.

La confusión llegó á su colmo, cuando la caballería imperialista retrocedió violentamente hecha pedazos y desordenada por los batallones Fieles y Chiautla, á la vez que las columnas de Figueroa y Díaz rebasaban la línea enemiga.

Entonces el enemigo emprendió su retirada que pronto se convirtió en una completa derrota. Una hora apenas había bastado al General Porfirio Díaz para alcanzar aquel brillante triunfo, tan hábilmente preparado y ejecutado con tanto génio como audacia.

Los batallones Patria y Morelos, que formaban la izquierda de la línea republicana, atacaron entonces sobre la izquierda el flanco derecho de los austriacos que, no pudiendo ya resistir más, comenzaron á huir en completo desórden.

El General Díaz ocupó el campo enemigo y ordenó la persecución, que se hizo en un trayecto de cuatro leguas, en el cual los imperialistas dejaron regados su armamento, su artillería, municiones y equipajes.

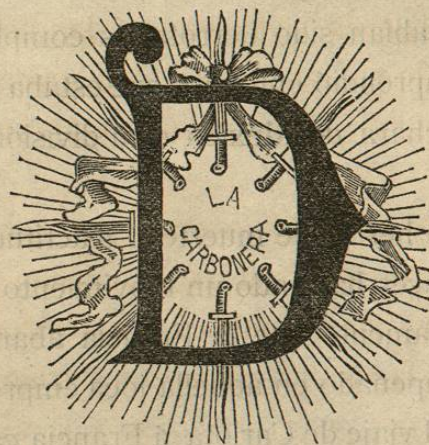
Y aquel largo espacio quedó sembrado de muertos y heridos.

Por fin las tropas republicanas volvieron vencedoras á las posiciones que habían conquistado, trayendo prisionera casi toda la infantería enemiga y los cañones, monturas, y fusiles quitados á los austriacos.

El General Díaz firme en su caballo de batalla saludaba á aquellos valientes hijos del pueblo que lo victoreaban, que se agrupaban en torno de él aclamándolo, y que en su sencillez republicana ignoraban que habían dado una fecha inmortal en la historia pátria con el triunfo espléndido de la Carbonera.

CAPITULO XVII.

Vuelve el General Díaz sobre Oaxaca.—Sitio de la Plaza.—Capitulación.—Organiza el General Díaz los ramos administrativos.—Marcha á Tehuantepec sobre los imperialistas.—Batalla de la Chitova.



ESPUES del espléndido triunfo del 18 de Octubre de 1866 obtenido en la Carbonera, el General Porfirio Díaz apenas permitió á sus tropas un leve descanso, apesar de que habían hecho en aquellos dias marchas forzadas, caminando aun durante la noche, para ir á sostener un rudo combate contra los austriacos y los traidores.

Rápidamente el caudillo de Oriente organizó los cuerpos de su división diezmadados en la batalla, proveyó á las necesidades de sus soldados, armó á éstos dando los fusiles quitados al enemigo á los que traían un mal armamento, y asegurando á la infantería austriaca que había hecho prisionera, dió orden de marchar de nuevo sobre Oaxaca.

En tanto Oronoz, el Jefe imperialista, estaba encerrado en la ciudad, sin atreverse á salir, temiendo una emboscada, por ignorar en qué punto se encontraban las fuerzas republicanas.

Es que comenzaba á acentuarse en torno del imperio ese vacío que precede siempre á la caída de los gobiernos: aislados éstos, no encuentran auxiliares fuera del círculo oficial, y los pueblos en su indiferencia ó en su ódio se alejan del poder, como temiendo un contagio de muerte.

En ese período los gobiernos carecen de noticias exactas y oportunas de los movimientos del enemigo, mientras que éste todo lo encuentra á su paso, exploradores fieles y eficaces, recursos y cuantas muestras de adhesión pueden darse á un vencedor.

Ornoz ignoraba el encuentro habido entre la fuerza extranjera que venía en su auxilio y la del General Díaz. Limitóse por tanto á conservar las fuertes posiciones que ocupaba, trabajando activamente en mejorar sus medios de defensa, y en acopiar víveres suficientes para su guarnición.

Repentinamente vieron los imperialistas llegar á las orillas de la ciudad las avanzadas republicanas; y en el acto cundió por todas partes la noticia de que los austriacos habían sido derrotados completamente en la Carbonera. Oronoz comprendió entonces que estaba perdido, porque era imposible que marchara de México otra división en socorro de Oaxaca.

El imperio comenzaba á sentirse herido de muerte. La actitud de reserva que guardaba el ejército francés haciendo un movimiento general de concentración, revelaba claramente que la Francia abandonaba al emperador, á quien había empeñado en aquella loca empresa.

Nadie se hacía la ilusión de que el viaje de Carlota á Francia cambiaría la marcha inflexible de la nueva política de Napoleón III, quien se sentía incapaz de afrontar la tempestad que por todas partes lo amenazaba.

La oposición republicana en Francia, cada vez más enérgica y poderosa, condenaba la expedición de México como desastrosa é infecunda: y el pueblo francés participaba de igual opinión.

Y á la vez el gobierno de los Estados Unidos, que no tenía ya la

traba de la guerra separatista, pedía con insolencia á Napoleón un término preciso para la desocupación del territorio mexicano. Por último, comenzaban á levantarse nubes sombrías por Alemania que, al consumar su hegemonía, iba á hacer el primer ensayo de su omnipotente poder militar sobre la Francia, en nombre de sus antiguos rencores.

Maximiliano quedaba, pues, sólo en la arena, rodeado de un partido débil, cobarde y casi ridículo, como era el partido moderado y personal que había creado en torno de su efímero trono.

Los conservadores que durante cuatro años habían soportado cuanta humillación quisieron imponerles el Cuartel general francés y Maximiliano, con la ductilidad con que ese partido se doblega á todos los yugos comenzó á rodear al Príncipe austriaco, aguardando apoderarse al fin de la situación, y luchando por conservar la única bandera que podía servirle de cohesión.

Pero entre tanto los republicanos iban ocupando una zona más extensa del país, especialmente en la frontera del Norte, y el Gobierno de Juárez, que había permanecido casi ignorado durante tanto tiempo en Paso del Norte, había avanzado hasta Monterey.

Mas no hacemos la historia de aquel período sombrío y tenemos que volver á Oriente, para concluir de detallar la historia militar del Señor General Porfirio Díaz.

En la mañana del día 20 de Octubre de 1866, es decir, dos días después del triunfo de la Carbonera, llegaron como dijimos ya, las avanzadas del Ejército republicano á la vista de Oaxaca, y en la tarde el resto de las tropas, las que ocuparon en el acto sus antiguas posiciones, replegándose Oronoz, sin combatir, á Santo Domingo, el Carmen y Cerro de la Soledad.

El General Díaz, sin tomar un momento de descanso, recorrió en el acto toda la línea, es decir casi la ciudad entera, estrechando enérgicamente el sitio y logrando al fin, después de continuos asaltos

en los que los imperialistas se defendían con la tenacidad de la desesperación, cerrar la línea de circunvalación de los fuertes de Santo Domingo y el Cármen con las manzanas intermedias.

Así quedó aislado el fuerte Zaragoza, que por estar situado en el cerro de la Soledad domina la ciudad entera.

Diez días duraron los trabajos de aproche, los que se llevaban á término en medio de un fuego nutridísimo, y sosteniendo los sitiados los brillantes ataques de los republicanos que á pesar de las pérdidas que sufrían avanzaban sin cesar, hasta situarse sólidamente á cuatro ó cinco metros de las baterías enemigas, habiendo entre ambas líneas sólo la anchura de una calle.

El 30 de Octubre, concluídas ya las obras de fortificación, dió el General Porfirio Díaz las últimas disposiciones para el asalto, cuando ondeó en el fuerte Zaragoza la bandera blanca de parlamento.

El caudillo republicano, deseoso de que no se derramara mas sangre mexicana, aunque estaba seguro de ocupar las últimas fortalezas de los imperialistas á viva fuerza, quiso economizar las vidas de sus valientes soldados, que tantos triunfos habían alcanzado combatiendo por la independencia de la patria.

Suspendió el asalto, y entabladas las pláticas para la rendición de la plaza se nombraron comisionados de parte de ambos beligerantes, que arreglaran las condiciones de la capitulación.

El General en Jefe de la línea de Oriente nombró para redactar las bases de la rendición al General Luis P. Figueroa, á los Coroneles Félix Díaz y Juan Espinosa y Gorostiza, al Teniente Coronel Manuel Travesí y al Señor Carlos Thiele.

El Jefe imperialista Oronoz nombró al General Juan Ortega, Capitán Emilio Dives, Teniente Sebastian Laeronique, Subteniente Enrique, baron de Eggers y Alberto, conde de Kamer.

Los comisionados de ambas partes, convinieron en que las guarniciones imperialistas de Santo Domingo, el Cármen y el fuerte de

Zaragoza, se constituían prisioneras de guerra del General Díaz, sin más garantía que la de la vida, que sería respetada bajo la palabra de honor del General en Jefe y de sus representantes.

Los equipajes, caballos y armas del uso particular de los prisioneros, que no fuesen de la propiedad de la Nación, quedaban á la disposición de aquéllos.

Oronoz entregaría la artillería, el armamento, las municiones y equipo, los caudales y las fuerzas todas que estaban á sus órdenes á las comisiones que con objeto de hacer la recepción nombraría el General Díaz.

Firmadas las bases de la capitulación y aprobada ésta por los Jefes superiores, se disparó un cañonazo en el Cuartel General de las fuerzas republicanas, á cuya señal las guarniciones del Cármen y Santo Domingo salieron desarmadas, á formarse, á la plazuela de la Sangre de Cristo, y la del fuerte, también desarmada, fué á constituirse prisionera al átrio de Xochimilco.

Se hizo una lista nominal de los Generales, Jefes, Oficiales y tropas que capitulaban, y en esa lista estaban comprendidos también los empleados civiles y los demás mexicanos que por afección al imperio se habían abrigado en el recinto sitiado.

Los heridos y enfermos que se encontraron en los hospitales de los fuertes capitulados quedaron bajo la protección y cuidado del Cuartel general republicano.

La ciudad de Oaxaca, que en Febrero de 1865 había sido ocupada por el ejército francés, quedaba recuperada para la República por el mismo Jefe que casi dos años ántes había tenido que sucumbir ante la superioridad del invasor.

Y todos los reos de infidencia que temblaban de terror al ver avanzar triunfante al héroe republicano, vieron con asombro que la clemencia del vencedor salvaba sus vidas, cuando una ley inflexible y justa los condenaba á muerte.